

## **INMIGRACION Y CULTURA: REFLEXIONES CRITICAS SOBRE LAS DIFERENCIAS SOCIALES Y CULTURALES QUE PRODUCE EL HECHO MIGRATORIO <sup>1</sup>**

MANUEL OLIVER NARBONA

M.<sup>a</sup> DOLORES VARGAS LLOVERA

Profesores del Departamento de Humanidades Contemporáneas

M.<sup>a</sup> JOSE ESCARTIN CAPARROS

JOSEFA LORENZO GARCIA

ANTONIO BELLIDO ALONSO

ROBERTO MOHEDANO MENENDEZ

MANUELA PALOMAR VILLENA

ESPERANZA SUAREZ SOTO

ESTHER VILLEGAS CASTILLO

Profesores de la EUTS de Alicante

**E**l objetivo de esta comunicación es abordar, desde una propuesta interdisciplinaria, los graves problemas sociales y culturales que se originan en los procesos migratorios cuando una cultura diferente quiere convivir en la misma sociedad con un concepto de cultura ya establecido. Tratamos, también, de hacer una serie de reflexiones que puedan servir para futuros estudios inter-sociales e inter-culturales, desde nuestra posición de personas comprometidas de una forma u otra con la sociedad.

La emigración suele definirse como el desplazamiento de individuos o grupos humanos de un lugar a otro dentro de un mismo país o de un país a otro. Puede ser de carácter definitivo, temporal o de larga permanencia. Las tres posibilidades plantean complejas e importantes problemáticas sociales, siendo una de las primeras y principales fases de crisis en que se encuentran los inmigrantes las que se caracteriza por el llamado choque cultural.

Dos de las migraciones, económicas y en menor manera políticas, más importantes de nuestra historia actual, son las que provienen de las zonas afro-asiáticas y las que han surgido en la llamada Europa

<sup>1</sup> Comunicación presentada en el Seminar of the European Regional Group, International Association of Schools of Social Work, Turín, noviembre 1993.

del Este. El destino de ambas son los países industrial-capitalistas de la Europa occidental con unas sociedades altamente urbanizadas y con todos los problemas sociales que derivan de estos conglomerados humanos.

La diversidad cultural que proporcionan estas migraciones da lugar a unas relaciones inter-étnicas e inter-sociales que están creando uno de los conflictos socioculturales contemporáneos más profundos y con muchas posibilidades de no encontrar soluciones ni a corto ni a largo plazo.

Estos fenómenos, generadores de graves consecuencias para la sociedad en general, no pueden ser afrontados con eficacia sin la aportación de los estudiosos que comparten las áreas de las ciencias sociales, para lograr investigaciones que ayuden a crear soluciones a fin de que las confrontaciones inter-étnico-sociales y culturales actuales favorezcan una panorámica esperanzadora para la convivencia entre grupos humanos.

Desde una perspectiva interdisciplinar que comparten trabajadores y antropólogos sociales, ha surgido el interés de hacer una aportación al estudio de los problemas de las actuales corrientes migratorias, que hacen que la cohabitación entre seres humanos ubicados en una misma comunidad o país resulte actualmente en muchos casos inviable.

Nuestra aportación parte del supuesto, según la visión que da la perspectiva antropológica, de que toda cultura designa el patrimonio social de los grupos humanos, y que puede comprender todo tipo de conocimientos, creencias, normas, valores, símbolos e ideologías, conformando un sistema de comportamientos que serán y son transmitidos generacionalmente.

Existen muchas definiciones de la expresión **cultura** pero, una de las más importantes y que es aceptada a través del tiempo, es la formulada por E. B. Tylor (1871) en la que dice que la cultura es «un todo complejo que incluye el conocimiento, las ciencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad».

En parecidos términos se manifiestan la mayoría de los autores que han teorizado sobre la naturaleza de la cultura. Y también están de acuerdo en que la transmisión cultural no se encuentra en el código genético, es un hecho totalmente social. Se adquiere de las personas que componen la misma sociedad. Son patrones aprendidos de comportamiento que crean un modelo único que se desarrolla dentro de la vida social del propio grupo.

Los estudios sobre los aspectos culturales de las sociedades se presentan como investigaciones sociales que nos ayudan con sus aportaciones a comprender una serie de hechos, ordenándolos y dándoles sentido en cuanto a su relación con un grupo determinado de

individuos, perfilando los rasgos socioculturales que cada sociedad de hombres posee. Estas distinciones sociales de cada grupo humano determinan que las gentes se estructuren en comportamientos diferentes, y desarrollen sus propios patrones culturales que se transformarán en sus señas de identidad. Su fuerza unificadora logrará que enlazando unos principios comunes y actuando juntos consigan metas comunes, convirtiéndose, así, cada cultura en «el atributo distintivo de la condición humana» (Lévi-Strauss, 1984)

Estos procesos culturales van marcando las diferencias en las sociedades, de forma tal, que producen graves posiciones etnocéntricas. De hecho, el etnocentrismo es uno de los grandes males que nos afectan para la comprensión de la diversidad cultural y para una convivencia humana sin enfrentamientos.

Cuanto más conozcamos de una cultura, más fácil será predecir su conducta y las normas que esa conducta transmite a los individuos que pertenecen a ella. De manera que el conocimiento de lo que significa y conlleva el concepto de cultura, nos proporcionará las bases para poder analizar al hombre como animal social y la interrelación que pueda haber entre sociedades distintas.

A partir de estas consideraciones sobre la naturaleza de las culturas, nos adentraremos a la problemática que se origina con el hecho social de las migraciones.

El emigrante al llegar a un país receptor percibe que el mundo que se le presenta ante sí no tiene que ver con el que acaba de dejar en su sociedad de origen. Al mirar a su alrededor le es difícil reconocer, en las expresiones de los propios del lugar, qué actitud puedan demostrar hacia ellos. Si le añadimos a esto la infranqueable barrera que supone el idioma y, si vienen de un país afro-asiático, sus formas de vestir, nace de inmediato una frontera social y cultural que marcará los límites entre lo propio/lo extraño o lo extraño/lo propio.

Cuando las personas deciden emigrar del país que les vio nacer, se pone en marcha una serie de mecanismos que les van a llevar prácticamente a destruir su universo simbólico, sobre todo mientras permanezcan en la cultura de adopción. Son gentes que pierden su territorio, no tienen hogar. Tienen que reconstruir su mundo porque han perdido todo lo que constituía su vida. Sus antiguos hábitos y costumbres, fuente inagotable de referencia y de significado, pierden el sentido y la utilidad. «El inmigrante gana libertad al dejar de ser controlado por su grupo, pero pierde los puntos de referencia que le dan sentido» (Mandianes, 1993).

En cuanto tienen su primer contacto con el país receptor, ya se les asigna el estatus de inmigrantes y se ven obligados, en función de las diferentes pautas culturales que se les ofrecen, a recomponer su mundo simbólico. El proceso los llevará a una crisis en sus sistemas de valores y creencias que, paulatinamente, tendrán que ir abandonando

o, por lo menos, tendrán que dejarlos en un segundo plano. Sus códigos culturales originales sólo los mantendrán íntimamente, en el seno de sus grupos familiares o en el de sus compañeros de emigración. Fuera de ellos tendrán que aprender los que les ofrecen sus nuevas sociedades de adopción.

Este proceso de cambio en las identidades culturales de los inmigrantes por la necesidad de la supervivencia, obliga a las personas que han escogido este camino a recomponer sus estructuras simbólicas, siempre que su capacidad les permita hacerlo. De lo contrario caerán dentro de posiciones sociales marginales y de una periferia cultural.

Retomando la dicotomía que hemos establecido entre lo propio de una sociedad receptora y lo extraño que llega de otras sociedades, es aplicable también a los miembros que pertenecen a la sociedad receptora. La migración les produce un sentimiento de rechazo por el miedo de enfrentarse a unos posibles cambios que puedan desestabilizar su estructurada sociedad.

La sociedad receptora teme la llegada, en ocasiones masiva, de gentes de otras razas y culturas que introduzcan en su población cambios que no desean. Sus pautas culturales pueden ser perturbadas si tienen que admitir y asimilar patrones sociales provenientes de otros procesos culturales, que desorganicen su universo simbólico. Al llegar este momento puede ocurrir que se adopten dos posibles tomas de posición: una, que la población receptora se agrupe sobre sí misma y no permita intromisiones, y la otra, que se produzca un proceso de asimilación.

En el primer caso, el enfrentamiento y la violencia entre las partes implicadas, hacen acto de presencia. En el segundo caso, da comienzo un largo proceso de nuevos aprendizajes. En ambos casos, y en los primeros momentos de contacto entre país receptor/inmigrante, se genera de inmediato un rechazo social y será en función de las más/menos diferencias socioculturales de los inmigrantes con la sociedad receptora lo que proporcionará que surga la primera o la segunda opción.

Según las posiciones que adopte la sociedad receptora, ésta deberá lograr que se creen vías de integración para que los individuos que pasan por el proceso de inmigración, como grupo minoritario que es, se incorporen sistemáticamente a las pautas culturales de la sociedad de acogida, que es mayoría. Posiblemente esta integración no se alcance en la primera generación del emigrante, ya que llegan al país receptor a una edad adulta y la enculturación propia de su sociedad ya está asimilada. No ocurre así con sus descendientes, que al convivir con la nueva población, crecen combinando parte de los patrones culturales de su nuevo entorno social y parte de las pautas culturales que genera su entorno familiar.

Sin embargo, e insistimos en este punto, existirán tantas más posibilidades integradoras entre país receptor y población migratoria cuanto más proximidad cultural tengan. Si ponemos el ejemplo de España, más pronto asimilarán nuestro proceso cultural los inmigrantes llegados de países sudamericanos y de los países de la ex-Europa del Este, que los llegados de los países árabes o centroafricanos. Con estos últimos el proceso de integración tiene muchos más obstáculos.

Como hemos visto, los conflictos socioculturales de las migraciones producen tensiones tanto entre la población inmigrante como en la población receptora. Las dos situaciones pasan por los mismos períodos. Un primer período de desorganización social y un segundo período de reorganización social (del Olmo/Quijada, 1992).

La llegada del inmigrante a la sociedad receptora lleva implícita una desorganización cultural al encontrarse dos culturas distintas y tener que seguir un proceso adaptativo. Posteriormente tiende a una reorganización de las pautas sociales y culturales que, con la inclusión sistemática de normas tácitamente pactadas e introducidas por el colectivo migratorio, llegan a fusionarse. Del mismo modo, la sociedad de acogida vierte al sistema de valores del inmigrante patrones culturales que éste, con el tiempo y una predisposición receptora, va asimilando.

Lo que parece que no hay duda, es que el contacto entre sociedad receptora/población migratoria produce épocas de desorden sociocultural. La afirmación de Davie (1931) es bien esclarecedora: «Un extranjero es un hombre que no es de la tribu y un hombre que no es de la tribu es un enemigo en acto o en potencia». El impacto de dos culturas, hasta que llega el momento de una mutua asimilación, conlleva procesos conflictivos.

Negar estos procesos conflictivos derivados de las diferencias culturales entre los inmigrantes que recibimos y nosotros, así como la diversidad social que presentan los variados grupos que conforman las actuales migraciones, supondría optar por una realidad falsa. La toma de conciencia de estas nuevas situaciones nos deben llevar a buscar soluciones para evitar confrontaciones violentas como ya está ocurriendo en algunos países europeos.

Las sociedades receptoras de inmigrantes se encuentran actualmente con cierta incapacidad para enfrentarse a los problemas que plantea el continuo fluir de personas que buscan en otros lugares lo que su propio país no les ha podido dar. La ignorancia para lograr un entendimiento social, entre los diferentes grupos humanos, pasa por varios factores como pueden ser el político, el económico, el social o el cultural.

De acuerdo con lo expresado anteriormente, podemos afirmar que las diferencias culturales serán las que proporcionarán uno de los factores más importantes que impedirán la comunicación entre inmi-

grantes-país receptor. Porque a ambos, en sus respectivas posiciones sociales, les es muy difícil desprenderse, ya no sólo de la enculturación que continuamente todo miembro de una sociedad va adquiriendo, sino también de los etnocentrismos que conllevan las propias culturas. Estos hechos van penetrando paulatinamente, llevando a posiciones de conductas intransigentes, cuando los unos y las otras se dan cuenta del rechazo que producen, creándose de inmediato unos estereotipos sociales y culturales de los que sólo muy lentamente podrán ir desprendiéndose. J. J. Pujadas, con buen criterio afirma: «...resulta claro que todos los etiquetajes sociales restringen la libertad de opción de los individuos, los encapsula, preconditionando su propia interacción» (Pujadas, 1993).

Rechazar al diferente no es cuestión que afecte solamente a la sociedad de acogida, aunque sus posiciones son más radicales, ni al inmigrante. Es algo que comparten los dos. Si las relaciones se van conformando sobre unas bases de aceptación mutua, en las que no se instrumentalicen los «etiquetajes sociales» (Pujadas, 1993) peyorativos, ni prevalezcan posiciones intolerantes de aceptación cultural para diferenciar los unos de los otros, convirtiéndose en auténticas barreras sociales, se podrá lograr que las diferencias que surjan se ajusten a la convivencia en que encuentran su expresión las relaciones a que obliga la vida cotidiana. Pero la auténtica realidad social nos lleva por otros caminos menos utópicos. Las sociedades receptoras se convierten ante los procesos migratorios en sociedades dominadoras, legitimadoras de su cultura y en subordinadoras étnicas.

Esta es la evidente y actual realidad social en la que estamos insertos, y en cuyo ámbito las hostilidades, los enfrentamientos, los resentimientos, son los que, tanto a nivel económico, político, religioso o social, dan lugar a una convivencia tensa y conflictiva, propiciando la existencia y consolidación de grupos sociales marginales. Esa misma sociedad irá derivando a la creación de áreas espacio-sociales propias, enquistadas en las ciudades de acogida, convirtiéndose en nichos sociales de agregados humanos minoritarios, auténticos guetos de marginación, que no ayudarán en absoluto a la interacción social, tan necesaria entre los miembros que componen una sociedad.

Es más, las sociedades receptoras marcarán las zonas en que han «permitido» que busquen refugio los inmigrantes, en espacio de gran peligrosidad social, en focos de delincuencia, e intentarán olvidar que en «su» ciudad puedan existir lugares tan degradados física y socialmente. Y no solamente participarán de esa actitud social los ciudadanos, sino que las instancias encargadas de la vigilancia y control del buen funcionamiento de la sociedad, adoptarán la misma disposición.

Todo esto da como resultado que las sociedades receptoras sean cada día más xenóforas, que consideren al extranjero como un intru-

so y como a tal tienen que combatir, tomando una actitud negativa, excluyendo y rechazando cualquier aportación de los «otros», señalando la posición superior de su cultura y subvalorando cualquier proyecto cultural ajeno. Adoptando posturas críticas de sometimiento y marginación hacia las culturas «tercermundistas», vocablo utilizado precisamente para designar, desde las posiciones dominadoras, todo lo que signifique atraso, pobreza, incompetencia y demás calificativos que les ayuden a limitar y desdeñar las aportaciones que les llegan de esos países que las sociedades más evolucionadas económica y tecnológicamente llaman menos desarrolladas.

Evidentemente, estamos frente a un conflicto importante. Un fenómeno que preocupa socialmente y que una visión crítica en el análisis de las culturas comprometidas, ayudará a recorrer el largo camino que supone el entendimiento entre los diferentes grupos.

Las emigraciones no están formadas por personas sin costumbres ni tradiciones, o sin reglas sociales o religión. No debemos ver en el inmigrante, si aceptamos la existencia de las diferencias culturales, mundos primitivos propios de una fosilización cultural sin posibilidades de transformación. Si la sociedad de acogida quiere verlos así, lo que está haciendo es excluirlos de su «superior» contexto cultural, negando toda posibilidad de un intercambio sociocultural para crear una sociedad más plural capaz de aceptar modificaciones que logren un acercamiento entre los miembros que pertenecen a distintas culturas.

Los procesos que inducen a la comprensión de las diferencias culturales no deben pasar por posiciones radicales de intervención uniposicionales, es decir, proporcionar acercamientos al problema solamente a partir de las actitudes que sostiene la sociedad receptora, o por el contrario, solamente por las aportaciones desde la perspectiva de los grupos inmigratorios.

La situación necesita enfoques distintos. Las estrategias investigadoras deben comenzar entendiendo que, todas las culturas tienen aspectos negativos y aspectos positivos y unos estudios ecuanímenes evitarán actitudes sociales radicales y estereotipos desvalorativos. No hay que ser solamente críticos con respecto a las «otras» culturas, sino también con respecto a la nuestra.

Los científicos sociales debemos abrir un debate público sobre la incompreensión cultural de nuestra sociedad ante la dificultad que presenta el hecho migratorio. Ayudar al entendimiento de estas relaciones contribuirá eficazmente a calmar la agresividad latente del momento actual.

A modo de conclusión de estas reflexiones, creemos que para llegar a un conocimiento lo más exacto posible de la situación, uno de los métodos que se deben usar es la observación participante, esto es, fomentar el acercamiento personal al problema y tomar conciencia

explícita de los prejuicios sociales y culturales que están en la base del enfrentamiento entre las dos formas de vivir. Esta forma de proceder hace posible una aproximación directa a los hechos mismos y a su valoración crítica, que constituyen la condición básica para un entendimiento en profundidad de los hechos empíricos y de la situación real del conflicto. De esta manera, el trabajo de campo, será la base que nos aportará los datos puntuales de la realidad social de la oposición: sociedad receptora-inmigrantes.

Las diferencias culturales son una de las graves dificultades con que se encuentra el hecho migratorio. La intolerancia que genera «... solamente puede superarse a medio o largo plazo con cambios radicales en la educación de los ciudadanos: una educación basada en un concepto plural de la ciudadanía» (Pujadas, 1993).

#### BIBLIOGRAFIA

- Barth, F.: *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1976.
- Davie, M. R.: *La guerre dans les sociétés primitives*. Ed. Payot, París, 1931.
- Mandianes, M.: *El valle de Josafat. Un fresco de la España actual*. Ed. Ronsel, Barcelona, 1993.
- Olmo, M. del y Quijada, M.: «Migraciones: desorganización y reorganización cultural». En *Rev. Antropología*, núm. 2, págs. 145-159, Madrid, 1992.
- Pujadas, J. J.: *Etnicidad. Identidad cultural de los pueblos*. Ed. Eudema, Madrid, 1993.
- Tylor, E. G.: *Cultura Primitiva I. (Los orígenes de la cultura)*. Ed. Ayuso, Madrid, 1977.